
TEAGES.

ARGUMENTO.

Demodoco, padre del jóven Teages, suplica á Sócrates que sea maestro de su hijo y le enseñe todo lo que no sabe. Teages sabia leer, luchar, tocar la lira; pero esta primera educacion reclama otra más elevada, que le enseñe cómo ha de conducirse en todas las circunstancias. Sócrates, sin negarse, quiere enterarse de las disposiciones de este jóven, y le pregunta qué es lo que quiere aprender. Teages declara que desea aprender la política, el arte de gobernar á los hombres, como que esta era la ambicion de todo ateniense. ¿Quieres hacerte un tirano? le dice Sócrates. El jóven protesta, y afirma que sólo aspira á hacerse igual á aquellos de sus camaradas que han tenido la fortuna de vivir cerca de Sócrates, y que merced á su trato se han hecho más inteligentes y más hábiles que todos los demás. El error de este jóven consiste en creer que basta para hacerse hábil encontrar un buen maestro. Sócrates le hace comprender que ante todo se necesitan disposiciones morales para que no sean inútiles las enseñanzas del maestro. Sócrates no sabe nada; no enseña nada; pero ha recibido del cielo el don maravilloso de discernir en qué jóvenes se encuentran estas disposiciones excelentes. Lo que Sócrates llama su genio, su voz interior, le advierte cuándo ha de acceder á comu-

nicarse con unos, y cuando negarse respecto de otros, según que son ó nó capaces de sacar provecho de sus discursos y de su ejemplo. Los que saben, como el nieto de Aristides el justo, hacerse hábiles con el trato de Sócrates, están dotados de un feliz carácter, que naturalmente se amolda á su genio; y si Teages quiere tentar fortuna, Sócrates no se niega á ello. No basta querer ser hábil para hacerse tal; ni tampoco basta encontrar un buen maestro, sino que es indispensable que uno sea moralmente capaz de llegar á ser hombre hábil.

TEAGES

6

DE LA CIENCIA (1).

DEMODOCO.—SÓCRATES.—TEAGES.

DEMODOCO.

Sócrates, tengo gran necesidad de conversar un momento y privadamente contigo, si tienes espacio para ello; y si no le tienes, te ruego que me le proporciones en consideración á mi persona, á no ser que un negocio muy urgente te lo impida.

SÓCRATES.

Siempre tengo tiempo, y para tí más que para cualquiera otro. Si quieres decirme algo, estoy dispuesto á escucharte.

DEMODOCO.

¿Quieres que nos retiremos al pórtico de este templo de Júpiter libertador?

SÓCRATES.

Como quieras.

DEMODOCO.

Vamos pues allí, Sócrates. Se me figura que todo lo

(1) La palabra griega σοφία significa á la vez sabiduría, habilidad, instrucción y todo lo que supone conocimientos, es decir, en general, la ciencia.

que nace, lo mismo las plantas que salen de la tierra, que los animales y todo lo demás, son como el hombre mismo; porque á los que cultivamos la tierra nos es fácil preparar todas las cosas que son necesarias ántes de plantar y en el acto de la plantacion; pero cuando se da el fruto, entónces el trabajo que hay que tomar es muy grande y penoso. Lo mismo sucede con los hombres, porque mido á los demás por lo que á mí me sucede. Ahí tienes á mi hijo; me ha venido como una planta, sin que me haya costado gran trabajo; pero su educacion es difícil y me tiene en contínuo cuidado. Sin entrar en el pormenor de todos los puntos en que estoy temeroso respecto á él, hé aquí uno absolutamente nuevo, y es el deseo, que si no es reprehensible, es peligroso y á mí me aterra, de querer hacerse sabio. Sin duda algunos de sus camaradas y algunos jóvenes de nuestro pueblo, que van á Atenas, refieren ciertos discursos que han oido, y que le vuelven la cabeza. Lleno de emulacion, no cesa de atormentarme, suplicándome con instancia que mire por su educacion y que pague á un sofista para que le instruya. No es el gasto el que me detiene, pero temo que esta pasion le ponga en gran peligro. Hasta ahora le he contenido, halagándole con buenas palabras; pero hoy que ya no puedo más, creo que el mejor partido que puedo tomar es alzar el brazo y darle gusto, no sea que las relaciones que pueda tener en secreto y sin mi conocimiento le corrompan. Esto es lo que hoy me trae á Atenas, para ponerle bajo la direccion de algun sofista; y es una fortuna el haberte encontrado, porque tú eres con quien más deseaba yo consultar este negocio. Si tienes algun consejo que darme, te lo pido por favor; tú no puedes negármelo.

SÓCRATES.

Habrás oido muchas veces, Demodoco, que el consejo tiene algo de sagrado, y si lo es en todas ocasiones, lo es

más en ésta, porque de todas las cosas sobre que el hombre puede pedir consejo, no hay una más divina que la que afecta á la educacion de sí mismo y de los suyos. Ahora en primer lugar convengamos en lo que ha de ser materia de consulta, no sea que tú entiendas una cosa y yo otra, y que al final de nuestra conversacion nos pongamos en ridículo, por haber hablado largo rato sin habernos entendido.

DEMODOCO.

Dices verdad, y eso es lo que debemos de hacer.

SÓCRATES.

Seguramente digo verdad... Sin embargo, no es eso tan cierto como yo pensaba, y me retracto en parte; porque me viene á la mente que ese jóven podria tener otro deseo que el que nosotros le atribuimos, lo cual nos pondria en una situacion más ridícula aún por haber recaído la consulta sobre una cosa que no es el objeto de sus aspiraciones. Vale más comenzar por él, y preguntarle lo que desea.

DEMODOCO.

Sí, vale más, como dices.

SÓCRATES.

Pero ¿cuál es el buen nombre de ese jóven y cómo he de llamarle?

DEMODOCO.

Su nombre es Teages (1), Sócrates.

SÓCRATES.

Precioso y divino nombre le has dado; ¿dime, pues, Teages, deseas hacerte sabio, y apuras á tu padre, para que busque un hombre que te pueda comunicar esta sabiduría de que te muestras tan ansioso?

TEAGES.

Sí.

(1) Que ama á los dioses.

SÓCRATES.

¿A quiénes llamas tú sabios? ¿son los que saben, cualquiera que sea su instruccion, ó los ignorantes?

TEAGES.

Los hombres instruidos.

SÓCRATES.

Quél ¿tu padre no ha hecho que te enseñen todo lo que aprenden los hijos de nuestros mejores conciudadanos como á leer, á tocar instrumentos, á luchar y hacer todos los demás ejercicios?

TEAGES.

Mi padre me ha hecho aprender todo eso.

SÓCRATES.

Ah! ¿crees que haya aún alguna otra ciencia, que tu padre esté obligado á hacer que te enseñen?

TEAGES.

Sí, sin duda.

SÓCRATES.

¿Cuál es esa ciencia? Dímelo á fin de que te ayudemos.

TEAGES.

Mi padre bien lo sabe, porque se lo he dicho muchas veces; pero quiere hablarte así como si ignorara lo que yo deseo. No hay dia que no dispute conmigo, y se resiste siempre á ponerme en manos de un hombre instruido.

SÓCRATES.

Pero lo que hasta ahora has dicho á tu padre ha pasado sólo entre los dos; hoy tóname por árbitro, y dime á mí cuál es esa ciencia que quieres adquirir. Porque si quisieras aprender la ciencia que enseña á dirigir los buques, y yo te preguntara; Teages, ¿cuál es la ciencia que tu padre no ha querido que aprendas y motiva tu queja? ¿no me responderias sobre la marcha, que es la ciencia de los pilotos?

TEAGES.

Sí, sin duda.

SÓCRATES.

Y si quieres aprender la que enseña á conducir carruajes, ¿no me dirias que es la de los cocheros?

TEAGES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Pues bien, esa ciencia que estás tan ansioso de adquirir, ¿tiene nombre ó no lo tiene?

TEAGES.

Estoy persuadido de que tiene uno.

SÓCRATES.

¿La conoces sin saber el nombre ó sabes el nombre?

TEAGES.

La conozco y sé su nombre.

SÓCRATES.

Dímelo, pues.

TEAGES.

¿Qué otro nombre puede dársele que el de *ciencia*?

SÓCRATES.

Pero el arte de los cocheros ¿no es igualmente una ciencia? ¿Crees tú que sea una ignorancia?

TEAGES.

No, sin duda.

SÓCRATES.

Luego es una ciencia; ¿para qué nos sirve? ¿No nos enseña á conducir los caballos enganchados?

TEAGES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Y el arte de los pilotos ¿no es igualmente una ciencia?

TEAGES.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

¿No es la que nos enseña á dirigir las naves?

TEAGES.

Así es.

SÓCRATES.

¿Y cuál es la que tú quieres aprender y qué es lo que nos ha de enseñar?

TEAGES.

Me parece que es la que enseña á gobernar á los hombres.

SÓCRATES.

¡Qué! ¿á hombres enfermos?

TEAGES.

Nó.

SÓCRATES.

Porque eso corresponde á la medicina; ¿no es así?

TEAGES.

¿Quién lo duda?

SÓCRATES.

¿Es acaso la que nos enseña á dirigir el coro de los músicos?

TEAGES.

Nada de eso.

SÓCRATES.

¿Porque eso pertenece verdaderamente á la música?

TEAGES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Nos enseña acaso á gobernar á los que se consagran á ejercicios corporales?

TEAGES.

Tampoco.

SÓCRATES.

Porque eso es de la competencia de la gimnástica. ¿Qué hombres son los que nos enseña á gobernar esa ciencia? Expíciate claramente como yo lo he hecho con motivo de las que quedan citadas.

TEAGES.

Nos enseña á gobernar á los habitantes de la ciudad.

SÓCRATES.

Pero en la ciudad ¿no hay tambien enfermos?

TEAGES.

Los hay sin duda, pero no es de ellos solos de los que yo quiero hablar, sino de todos los demás ciudadanos.

SÓCRATES.

Veamos si yo comprendo el arte de que hablas. Me parece que tú no hablas del que nos enseña á gobernar á cosecheros, vendimiadores, labradores, trilladores y sembradores; porque esto pertenece á la agricultura.

TEAGES.

Así es.

SÓCRATES.

Tampoco hablas del que enseña á gobernar á los que manejan la sierra, el cepillo y el torno, porque esto pertenece á la carpintería.

TEAGES.

Ciertamente.

SÓCRATES.

¿Quieres hablar del arte que enseña á gobernar, no sólo á los de todos estos oficios, sino á todos los demás artesanos y á todos los particulares, hombres y mujeres? ¿Es esta la ciencia de que tú hablas?

TEAGES.

Esa es y no otra.

SÓCRATES.

Te suplico, que me respondas. Egisto, el que mató á Agamemnon en Argos, ¿gobernaba á esta clase de gentes, á los artesanos y á todos los particulares, hombres y mujeres, ó gobernaba á otros?

TEAGES.

Gobernaba á esta clase de gentes y no á otros.

SÓCRATES.

Pero Peleo, hijo de Eaco, ¿no gobernaba la misma clase de gentes en Ftia?

TEAGES.

La misma.

SÓCRATES.

Y Periandro, hijo de Cipselo, ¿no mandaba en Corinto.

TEAGES.

Así es.

SÓCRATES.

¿No mandaba á la mismas clase de gentes en esta ciudad?

TEAGES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y Arquelao, hijo de Pérdicas, que posteriormente ha subido al trono de Macedonia, ¿no manda igualmente á esta clase de gentes?

TEAGES.

A las mismas.

SÓCRATES.

Y el hijo de Pisístrato, Hippias, que ha gobernado á Atenas, ¿á quiénes piensas tú que ha mandado? ¿No es á la misma clase de gentes?

TEAGES.

¿Quién lo duda?

SÓCRATES.

Dime, ¿cómo debemos llamar á Bacis (1), á la Sibila y á nuestro Anfilito?

TEAGES.

Yo creo que adivinos.

SÓCRATES.

Muy bien; dime otra cosa: ¿qué nombre debe darse á

(1) Bacis era un adivino, que mucho ántes de la invasion de Jerjes en Grecia habia predicho á los griegos todo lo que debia suceder.

Hipias y Periandro con relacion al mando que han ejercido?

TEAGES.

El de tiranos, á mi entender. ¿Qué otro nombre puede dárseles?

SÓCRATES.

Luego todo hombre que desea mandar como ellos á todos los habitantes de la ciudad, desea adquirir un imperio tiránico, y convertirse él en tirano.

TEAGES.

Así me parece.

SÓCRATES.

¡Pues ahí tienes la ciencia de que estás tan enamorado!

TEAGES.

Eso se sigue naturalmente de lo que he dicho.

SÓCRATES.

¡Ah malvado! tú deseas hacerte nuestro tirano, y tienes el atrevimiento de quejarte, há ya mucho tiempo, de que tu padre no te entrega en manos de uno que te adiestre en la tiranía. Y tú, Demodoco, conociendo la ambicion de tu hijo, y sabiendo dónde enviarle para hacerle hábil en la magnífica ciencia que desea, ¿no te avergüenzas de privarle de esa felicidad y de no haberle procurado un gran maestro? Pero, puesto que delante de mí se queja de tí como ves, veamos juntos á dónde podremos enviarle, y si conocemos alguno á cuyo lado pueda hacerse un buen tirano.

DEMODOCO.

¡Sí, por Júpiter! Sócrates, veámoslo juntos, porque conozco claramente que tenemos gran necesidad de un buen consejo.

SÓCRATES.

Aguarda; sepamos ántes lo que él piensa.

DEMODOCO.

No tienes más que preguntarle.

SÓCRATES.

Teages, si habláramos con Eurípides que dice :

Los tiranos hábiles son formados por los hábiles,

y le preguntásemos: Eurípides, ¿en qué dices que los tiranos se hacen hábiles con el trato de los hábiles? y en lugar de contestar á esto, nos dijese,

Los labradores hábiles son formados por los hábiles,

y quisiéramos saber en qué los labradores se han hecho hábiles, ¿no nos respondería que en la agricultura?

TEAGES.

No respondería otra cosa.

SÓCRATES.

Y si nos dijese:

Los cocineros hábiles son formados por los hábiles,

y le preguntásemos, ¿en qué se han hecho hábiles? ¿Qué crees tú que respondería? ¿No diría que se habían hecho hábiles en el arte de cocina?

TEAGES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Si el mismo nos dijese:

Los luchadores hábiles son formados por los hábiles,

y le preguntásemos en qué; ¿no respondería asimismo que son hábiles en el arte de la lucha?

TEAGES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Siendo esto así, puesto que nos dice que los tiranos hábiles son formados por los hábiles, si nosotros le preguntásemos: Eurípides, ¿en qué se han hecho hábiles estos tiranos? en qué puede consistir su ciencia?

TEAGES.

¡Por Júpiter! yo no sé nada de eso.

SÓCRATES.

¿Pero quieres que te lo diga?

TEAGES.

Sí, si gustas.

SÓCRATES.

Es la ciencia que, según Anacreonte, enseñaba Callicretes (1). ¿No te acuerdas de su canción?

TEAGES.

Me acuerdo.

SÓCRATES.

¡Y qué! ¿no deseas que se te ponga en manos de un hombre que ejerza la misma profesión que esta Callicretes, hija de Ciana, y que sepa como ella, al decir del poeta, el arte de formar tiranos, para que de esta manera llegues á ser tirano nuestro y de toda la ciudad?

TEAGES.

Há mucho tiempo que estás mofándote y burlándote de mí.

SÓCRATES.

¡Cómo! ¿no dices que deseas adquirir la ciencia que te enseñe á gobernar á todos los ciudadanos? ¿Puedes tú gobernarlos sin hacerte su tirano?

TEAGES.

Desearia con todo mi corazón hacerme el tirano de todos los hombres, y si esto es mucho, por lo menos de la mayor parte; y creo, que tú mismo, Sócrates, tendrás esta ambición, como la tienen todos los hombres; y quizá no satisfecho con ser un tirano, querrias ser un dios; pero yo no te he dicho que fuera esto lo que yo deseaba.

(1) Mujer que enseñaba la política, como Aspasia de Atenas y Diotima de Mantina.

SÓCRATES.

Pues ¿qué es lo que deseas? ¿No dices que gobernar á tus conciudadanos?

TEAGES.

No gobernarlos por la fuerza como los tiranos, sino gobernarlos con su beneplácito, como lo han hecho los hombres grandes que hemos tenido en Atenas.

SÓCRATES.

¿Como Temístocles, como Pericles, como Cimon y como otros grandes políticos?

TEAGES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Veamos, pues; si quisieses hacerte hábil en el arte de montar á caballo, ¿á quienes crees deberias dirigirte para hacerte buen jinete? ¿No seria á los picadores?

TEAGES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿No escogerias los jinetes más entendidos, aquellos que manejan un gran número de caballos, y que montan, no sólo los suyos, sino los de otros países?

TEAGES.

Sin dificultad.

SÓCRATES.

Y si quisieses hacerte hombre diestro en tirar el arco, ¿no te dirigirias á los mejores tiradores y á los que saben perfectamente servirse de toda clase de arcos y de flechas, tanto aquí como en cualquiera otra parte del mundo?

TEAGES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Dime, pues, puesto que quieres hacerte hábil en la política, ¿crees poder adquirir esta habilidad, dirigiéndote á otros que á estos profundos políticos en esta ciencia, que

saben conducir no sólo su ciudad, sino otras muchas, así de griegos como de bárbaros? ¿Ó piensas que, conversando con otros que estos, te harás tan hábil como aquellos?

TEAGES.

Sócrates, he oido hablar de algunos discursos que me han dicho que tú has pronunciado para hacer ver que los hijos (1) de estos grandes políticos no valian más que los hijos de un zapatero de viejo, y en cuanto yo alcanzo, me parece esta una verdad incontestable. Seria yo bien insensato, si creyese que alguno de esos grandes políticos me podia comunicar una ciencia, que no ha podido comunicar á su hijo, lo cual habria hecho, si le hubiera sido posible, ántes que comunicarla á un extraño.

SÓCRATES.

¿Qué harías tú, Teages, si tuvieses un hijo, que te persiguiese todos los dias, diciéndote que queria ser un gran pintor y se quejase continuamente de que tú, que eras su padre, no querias hacer ningun sacrificio para satisfacer su deseo, mientras que por otra parte despreciaba él los mejores maestros y se resistiese á ir á su escuela? ¿Qué harías si en la misma forma desdeñase los tocadores de flauta ó los tocadores de lira, queriendo ser uno ú otro? ¿Tendrias otro medio de contentarle y conocerias otras personas á cuyo lado pudieras mandarle, si él rechazaba á los maestros?

TEAGES.

¡Por Júpiter! no sé qué haria.

SÓCRATES.

Hé aquí justamente lo que haces tú con tu padre. ¿Cómo puedes extrañar ni quejarte de que él no sepa qué hacer contigo ni donde enviarte para hacerte hábil? Porque nosotros, si quieres, ahora mismo te ponemos en manos de nuestros mejores maestros, de los más sabios en polí-

(1) Véase el *Menon* y el *Gorgias*.

tica; tú no tienes más que escoger; ellos no te pedirán nada; de suerte que ahorrarás tu dinero y adquirirás con ellos más reputacion para con el pueblo, que la que podrías adquirir en las relaciones con cualquiera otra persona.

TEAGES.

Y bien, Sócrates, ¿no eres tú uno de estos hombres hábiles? Si quieres tomarme bajo tu proteccion, á mí me basta, y no busco otro maestro.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que dices, Teages?

DEMODOCO.

¡Ah! Sócrates, cuán bien ha hablado mi hijo, y cuán grande servicio me harías accediendo á su súplica. No conozco mayor felicidad que la de ver á mi hijo gustar de tu compañía y que no te sea molesto. Me conmueve el decir la vehemencia con que lo deseo; pero os suplico á ambos, en nombre de los dioses, á tí, Sócrates, que recibas á mi hijo, y á tí, hijo mio, el no buscar jamás otro maestro que Sócrates; y de esta manera ambos me librareis de mis mayores cuidados y temores, porque me estremece siempre el temor de que mi hijo caiga en manos de alguno que le corrompa.

TEAGES.

¡Ah! padre mio, no temás por mí, si tienes la fortuna de persuadir á Sócrates á que me tome bajo su proteccion.

DEMODOCO.

Tienes razon, hijo mio; yo no me dirijo ya á ningun otro que á tí, Sócrates, y para no halagarte con palabras supérfluas, estoy dispuesto á entregarme á tí, y entregarte lo más precioso que tengo para que dispongas de ello en caso necesario, si consigo que quieras á mi Teages y que le procures todos los bienes que eres capaz de darle.

SÓCRATES.

No me sorprende, Demodoco, ese gran deseo, si crees que tu hijo pueda sacar de mí alguna utilidad, porque no conozco nada que deba ocupar más á un padre que sea racional que lo que tenga relacion con la educacion de su hijo ¿ con cuanto pueda contribuir á hacerle más hombre de bien. Pero lo que me extraña y no comprendo es cómo has podido pensar, que fuese yo más capaz que tú de hacer este gran servicio y formar de él un buen ciudadano. Y él mismo ¿cómo ha podido imaginarse que estuviese yo en mejor posicion de conseguirlo que su padre? Porque, en primer lugar, tú eres de más edad que yo, has desempeñado los cargos más importantes, eres una de las personas más notables en tu distrito de Anajira, y nadie es más estimado ni honrado que tú en el resto de la ciudad; y ni tú ni tu hijo podeis ver en mí ninguna de estas ventajas. Si tu hijo desprecia el trato con nuestros políticos y busca á esas personas, que prometen educar bien á la juventud, ahí tenemos á Prodicó de Ceos, Gorgias de Leoncio, Polo de Agrigento y otros muchos que son tan hábiles, que, viajando de ciudad en ciudad, consiguen atraer los jóvenes de las casas más nobles y más ricas; jóvenes que podrian ser enseñados, sin costarles nada, por cualquiera de sus conciudadanos; pero que llegan á dejarse persuadir por aquellos de que deben renunciar á estos y unirse á ellos, pagándoles gruesas cantidades y quedándoles muy obligados (1). Hé aquí los maestros que deberiais escoger tú y tu hijo, en lugar de pensar en mí, porque yo no sé ninguna de esas bellas y dichosas ciencias. Querria con todo mi corazon saberlas; pero he hecho profesion de confesar que no sé nada, por decirlo así, más que una ciencia de poco interés, la del amor (2). Así es que me

(1) Véase la *Apología de Sócrates*.

(2) Véase el *Banquete*.

lisonjeo de ser más profundo en esta ciencia que cuantos me han precedido y existen en nuestro siglo.

TEAGES.

Ya ves, padre mio, que Sócrates no me quiere á su lado; si quisiera, estoy dispuesto á seguirle. Pero se chaceea cuando habla de sí mismo como lo hace, porque conozco muchos de mis amigos y camaradas, y aún otros de más edad que yo, que ántes de relacionarse con Sócrates no tenían ningun mérito, y despues que han gozado de su conversacion han superado en mucho y en muy poco tiempo á los que eran ántes superiores á ellos.

SÓCRATES.

Hijo de Demodoco, ¿sabes lo que dices?

TEAGES.

Sí, ¡por Júpiter! yo sé que, si quieres, estaré bien pronto á la altura de esos jóvenes.

SÓCRATES.

Te engañas, mi querido Teages, y estás muy distante de la verdad. Por un favor divino tengo un don admirable, que no me ha abandonado desde mi nacimiento. Es una voz que, cuando se deja escuchar, me aparta siempre de lo que voy á hacer, pero que nunca me impulsa á obrar. Si alguno de mis amigos me comunica algun proyecto, si oigo esta voz, es una señal segura de que el dios no aprueba el proyecto y que nos aparta de él; os presentaré testigos de este hecho. Ya conoceis al precioso Carmides, hijo de Glaucon: un dia vino á darme parte del proyecto que habia formado de ir á combatir en los juegos nemesios (1). Apenas comenzó á hacerme esta confianza, cuando oí la voz. Traté con la vista de apartarle de su proyecto diciéndole: apenas abriste la boca, oí la

(1) Uno de los cuatro grandes juegos de la Grecia; se celebraban cada tres años, cerca de Nemea, en el Peloponeso, en honor de Arquemoros.

voz del dios, no vayas á Nemea. Me respondió: esa voz te advierte quizá que yo no seré premiado; pero si no consigo la victoria, me habré ejercitado, habré luchado, y me doy por satisfecho. Dichas estas palabras, se separó de mí y fué á combatir. Podeis saber por él mismo lo que le sucedió, porque el asunto lo merece. Si quereis preguntar á Clitómaco, hermano de Timarco, lo que le dijo este último cuando caminaba á la muerte, por haber despreciado la advertencia divina, y lo que tambien le dijo Evatlo, tan célebre en las carreras del estadio, que recibió en su casa á Timarco, cuando huía; él os dirá, que Timarco le dijo en palabras terminantes...

THAGES.

¿Qué le dijo?

SÓCRATES.

Le dijo: «Camino á la muerte por no haber querido creer á Sócrates;» y si quereis saber lo que queria decir, voy á referiroslo. Cuando Timarco se levantó de la mesa con Filemon, hijo de Filemonides, para ir á matar á Nicias, hijo de Heroscandro, porque eran ellos dos los únicos conspiradores, me dijo al tiempo de levantarse: ¿Qué me dices, Sócrates? quedaos aquí bebiendo, yo tengo precision de salir; volveré dentro de un momento, si puedo. En este acto oí la voz, y llamándole la atencion, le dije: no salgas, te lo suplico; la voz me ha dado su señal acostumbrada. Él se detuvo, pero pasado poco tiempo se volvió á levantar, y me dijo: yo me marchó, Sócrates. La voz repitió la señal, y lo detuve. En fin, por tercera vez, queriendo desasirse de mí, se levantó sin decirme nada, y aprovechando la ocasion de tener mi espíritu ocupado en otra cosa, salió é hizo lo que le condujo á la muerte. Hé aquí por qué dijo á su hermano, que iba á morir por no haber querido creerme. Tambien podeis saber por muchos de nuestros conciudadanos lo que les dije de la expedicion de Sicilia y de la derrota que sufrió allí nuestro ejér-

cito. Pero sin hablar de cosas pasadas, que son tan fáciles de averiguar por los que las conocen perfectamente, hoy mismo puede hacerse una prueba de la señal que ese genio me da de ordinario, para saber si dice verdad. Cuando el buen Sannion debia partir para el ejército, oí esta voz, y en este momento marcha con Trasilo contra Efeso y contra las demás ciudades de Jonia. Estoy persuadido de que morirá ó que le sucederá alguna desgracia, y temo mucho el resultado de esta empresa (1). Os he dicho todo esto para daros á entender que hasta cuando se trata de los que quieren unirse á mi persona, todo depende de este genio que me gobierna; porque aquellos á quienes es contrario, jamás podrian sacar de mí ninguna utilidad, ni me es posible tener con ellos ninguna relacion. Hay muchos á quienes el genio no me impide ver, pero que sin embargo nada adelantan; mas aquellos, que mantienen relaciones conmigo con su aprobacion, son los mismos de quienes me hablabas ántes, y que hacen, en efecto, en muy poco tiempo grandes progresos; con la diferencia que en unos estos progresos son firmes y permanentes, y en otros, mientras están conmigo aprovechan de una manera sorprendente, pero apenas se han separado de mí, vuelven á su primitivo estado y no se diferencian del comun de los hombres. Esto es lo que ha sucedido á Aristides, hijo de Lisímaco y nieto de Aristides (2). Mientras estuvo á mi lado aprovechó maravillosamente en muy poco tiempo; pero habiéndose visto obligado á partir con motivo de una expedicion, se em-

(1) En efecto, los atenienses fueron batidos y rechazados en Efeso (*Jenufonte*, lib. I). Plutarco dice en la vida de Alcibiades que el ejército de Trasilo fué derrotado bajo los muros de Efeso, y que en memoria de está derrota los efesianos erigieron un trofeo de bronce para vergüenza de los atenienses.

(2) Llamado el justo.

barcó, y á su vuelta se encontró con que Tucídices (1), hijo de Malasías y nieto de Tucídices, habia querido ser uno de mis amigos; pero la víspera no sé por qué habia regañado conmigo por ciertas palabras proferidas en nuestra conversacion. Como viniera á verme Aristides, despues de los primeros cumplimientos, me dijo: Sócrates, acabo de saber que Tucídices habla mal de tí, y que hace de persona, como si valiera algo. Es cierto, le respondí yo. ¡Ah! no se acuerda, replicó él, cuán pobre hombre era ántes de verte? Las trazas son de que lo ha olvidado, le repliqué. En verdad, Sócrates, añadió él, me sucede á mí mismo una cosa bien rara. Le pregunté qué cosa era. Es, me dijo, que ántes de mi partida para el ejército, me sentia capaz de conversar con todo el mundo, y no me consideraba inferior á nadie en la conversacion, y así era que buscaba siempre las personas más distinguidas, mientras que ahora me sucede todo lo contrario; las evito todo cuanto puedo; tanto es lo que me avergüenza mi ignorancia. Le pregunté si semejante actitud le habia abandonado de repente, ó poco á poco. Me respondió que poco á poco. ¿Y cómo la adquiriste? le pregunté. ¿Fué mientras recibiste lecciones de mí ó de otro maestro? Voy á decírtelo, Sócrates, replicó. Es una cosa que parece increíble, pero que, sin embargo, es muy cierta. Jamás he podido aprender nada de tí, como sabes muy bien. Sin embargo, no dejé de aprovecharme cuando estaba contigo, aún cuando fuese sólo en la misma casa, y no en la misma habitacion. Cuando podia estar en la misma habitacion adelantaba más, y siempre que tú hablabas conocia visiblemente que aprovechaba más cuando tenia fija la vista en tí, que cuando miraba para otra parte; y este progreso era sin comparacion más grande cuando estaba

(1) Rival de Pericles en el gobierno.

sentado cerca de tí y estaba en contacto contigo. Esta capacidad al presente ha desaparecido.

Hé aquí, Teages, cuál es la relacion que es posible tener conmigo. Si lo que intentas es agradable al dios, aprovecharás extraordinariamente y en muy poco tiempo; si no, tus esfuerzos serán inútiles. Mira, pues, si no es más ventajoso y más seguro para tí ir al lado de uno de esos maestros que consiguen el ser siempre útiles, que seguirme á mí que no estoy seguro de nada.

TEAGES.

Hé aquí, Sócrates, lo que, en mi juicio, debemos hacer: comencemos á vivir juntos para tantear al dios. Si aprueba nuestra amistad, estarán satisfechos y colmados mis deseos; y si la desaprueba, veremos entónces la conducta que deberemos observar; si deberé buscar otro maestro, ó tratar de aplacar á ese genio con súplicas y sacrificios y con todos los demás medios prescritos por los adivinos.

DEMODOCO.

No te opongas más, Sócrates, á los deseos de este jóven. Teages tiene mucha razon.

SÓCRATES.

Si creéis que es esto lo que debemos hacer, sea en buen hora; consiento en ello.

FIN DE TEAGES.